



Un marinero de la Compañía

reservado una agradable sorpresa. Verdaderos camarotes de lujo se han instalado al pie de la escalera, por la cual se baja del Panorama, camarotes exactamente iguales á los que ví y habité durante un verdadero viaje á América, á bordo de la *Champaña* y de la *Borgoña*. Los muebles que los adornan proceden efectivamente de los almacenes de la Compañía en San Nazario. Viendo estos deliciosos camarotes dan ganas de viajar: en ellos se está tan bien y aun mejor que en los gabinetes de muchas fondas que se dan por las más aceptables.

Pero es menester haber pasado ocho días en un transatlántico para apreciar bien las atenciones de que rodea á los pasajeros la administración y todo el bienestar que á bordo de los barcos de esta empresa hace olvidar las horas y los días. Así sucede que al desembarcar casi siente uno que el paquebot haya tenido andar tan rápido.

Los once dioramas nos solicitan en el orden siguiente:

Fumadero de 1.^a clase de la *Turena*, por F. Hoffbauer. — *Comedor* de 1.^a clase de la *Champaña*, por F. Hoffbauer. — *Taller de ajuste y montaje* en Penhoet, por E. Motte. — *La Ciudad de Roma* saliendo del puerto de Argel, por F. Montenard. — *Salón de conversación* de la *Bretaña*, por F. Hoffbauer. — *La Borgoña* entrando en el puerto de Nueva York, por T. Poilpot. — *Un camarote* de 3.^a clase en la *Gascuña*, por T. Poil-

pot. — *El Eugenio Percire* entrando en el puerto de Marsella, por F. Montenard. — *Embarque de los pasajeros*, á bordo de la *Normandía*, en el Havre, por T. Poilpot. — *Vista general del astillero* de Penhoet, por E. Motte. — *Un fogón de la Champaña*, por F. Hoffbauer.

Ninguna de estas composiciones es menos interesante para el público en general que para los viajeros. Por falta de espacio nos es imposible describirlas todas; pero hemos elegido dos que reproducimos por los mejores procedimientos de la fotografía directa.

La *Vista de Argel*, por M. Montenard, es un bellissimo lienzo. Este artista ha merecido, como sabemos, el título de pintor ordinario y extraordinario de S. M. el Mediterráneo. Muéstranos, bajo el cálido sol de Oriente, la capital de la nueva Francia, habiendo escogido su punto de vista por la parte en que la civilización francesa ha transformado más nuestra conquista. Es el Argel de hoy, que palidecería un poco, en cuanto á orientalismo, al lado del Argel de los deyes y de los turcos. Entonces surcaban el mar los corsarios, entraban á saco las ciudades del litoral y robaban las mujeres para poblar



La Ciudad de Roma saliendo del puerto de Argel

los haremes; ahora la Compañía Transatlántica expide todos los días un barco de Marsella á Argel y otro de Argel á Marsella. Si lo pintoresco oriental ha perdido mucho en ello, la civilización ha ganado muchísimo. Es una compensación que debe aplaudirse, cuando se reflexiona, siquiera un instante, que apenas hace medio siglo era menos seguro el Mediterráneo que los mares más lejanos.

Fuera de esto, la civilización no ha cambiado el mar ni el sol, y M. Montenard les ha dado tal valor en su lienzo, que ha resultado una obra maestra. Todos los detalles son bellos, verdaderos, observados; todo está tomado del natural. ¡Argel! este es tu animado y majestuoso puerto, y tú eres la altiva ciudad tan cara á los corazones franceses.

No sin pesar se abandona la obra de M. Montenard, pues de buen grado estaría uno de pie delante de ella horas enteras, como permanece puesto de codos en el parapeto de un gran puerto. Todo se mueve allí, todo vive, todo es agradable de color y de luz.

El segundo diorama que nos atrae está mal denominado á nuestro entender: «Embarque de los pasajeros á bordo de la *Normandía*,» no es un buen título; el verdadero sería: «la tienda de los Transatlánticos en el Havre.» La *Normandía* está ciertamente allí á la derecha; bien se ve; pero todo el interés está en aquel inmenso tinglado, en la sala de las despedidas, donde se da el último ósculo á los que van á partir.

M. Poilpot ha multiplicado en este cuadro bellísimos episodios y sorprendido con delicadeza el matiz de sentimiento, de verdadera ternura que hace brotar toda separación. Ha recordado que sus personajes se despedían en público y ha puesto cierta reserva que no excluye la nota del corazón.

Dos enamorados jóvenes, que se aman de ayer y han jurado amarse siempre, se dicen hasta la vista, sabiendo bien que volverán á verse y que la vuelta será más tierna que la partida. Casi no se miran por no llorar, y á buen seguro precipitarán la separación. Un minuto más y el que parte se quedaría.

Al contrario, los dos viejos que se estrechan la mano allí cerca, no se separarán hasta el último minuto. El interés que impele al bueno del hombre á emprender un viaje lejano debe de ser muy imperioso para que no escuche los consejos de la vieja compañera de toda su vida. ¿Cuándo se volverán á ver? ¡Son tan viejos!... Y luego... Tranquilizaos, buena mujer: la *Normandía* es un barco sólido y el trato de á bordo es excelente. Cuando vuelva, porque volverá el viejo amado, os referirá acaso, sin piedad, que nunca ha sido más feliz, ni estado más tranquilo ni menos atormentado que durante estos ocho días de reposo y seguridad completa.

Recorriendo el pabellón transatlántico, he oído algunas reflexiones de las cuales he podido deducir que el francés ignora aun más la ciencia de los viajes que la geografía. Y sin embargo, en 1870 bien nos echaron en cara que ignorábamos ésta.

¡Ah! no es la geografía lo que ignoramos; la conocemos como cualquiera otro pueblo del mundo; sino que nos falta el arte de servirnos de ella, y esto por demasiado caseros y apegados á nuestro suelo. Se nos han hecho ferrocarriles, cuyas líneas surcan en todos sentidos la tierra firme; se nos han organizado servicios de paquebotes en todos los mares, y con todo eso, nos quedamos en casa, como en otro tiempo.

Comencemos por ser exploradores y llegaremos á ser pronto los primeros colonizadores del antiguo mundo. El ejemplo de los colonos franceses del Canadá, que, separados, hace un siglo, de la madre patria, no han perdido nada de nuestra lengua ni de nuestro carácter, dice bastante alto cuánta es la fuerza y cuánta la persistencia de la raza. Sí, tenemos cuanto es menester para ser exploradores: el amor al trabajo, la economía, el valor y también el dinero, que no echa á perder nunca nada.

ALBERTO DE KORSAK.

LA MANUFACTURA DE LOS GOBELINOS

CONTINUACIÓN Y FIN

III



El almacén de los treinta mil husos

La tintura es una operación tan lenta é incierta que ha de preverse mucho tiempo antes del empleo de las lanas. Para atender á los pedidos inmediatos, hay establecido un almacén de provisiones, donde las lanas esperan, arrolladas en sus bobinas, la hora de servir. Los 14.400 matices están allí clasificados, rotulados, numerados y guardados en un armario á buen recaudo de la luz, del polvo, del aire y de la humedad.

Las lanas no se entregan ni reciben nunca sin pesar y este continuo tráfico de los artistas

con la señora encargada del almacén hace necesaria una contabilidad muy minuciosa.

La cualidad principal de un tapicero es el sentimiento que lo guía en la labor de su obra. Para él, no entra en cuenta el trabajo material; lo verdaderamente delicado y difícil es la parte de arte, aquella en que el tejedor hace de pintor, porque el que teje, pinta también. Pero el tapicero no tiene, como el pintor, el recurso de comparar las partes de su trabajo para armonizarlas entre sí. Ejecuta centímetro á centímetro, de una manera definitiva, sin esperanza de fáciles retoques, y sin saber, más que por instinto, si el tono que emplea hoy no desdecirá del que emplee mañana. Sobre esto, á medida que adelanta su tapiz ha de enrollar la parte acabada para poner al alcance de su mano la parte que le queda por hacer, perdiendo así de vista los términos de su trabajo y teniendo que hacer de memoria sus combinaciones.

El modelo pintado, que sigue el tapicero, no es siempre una guía bastante segura.